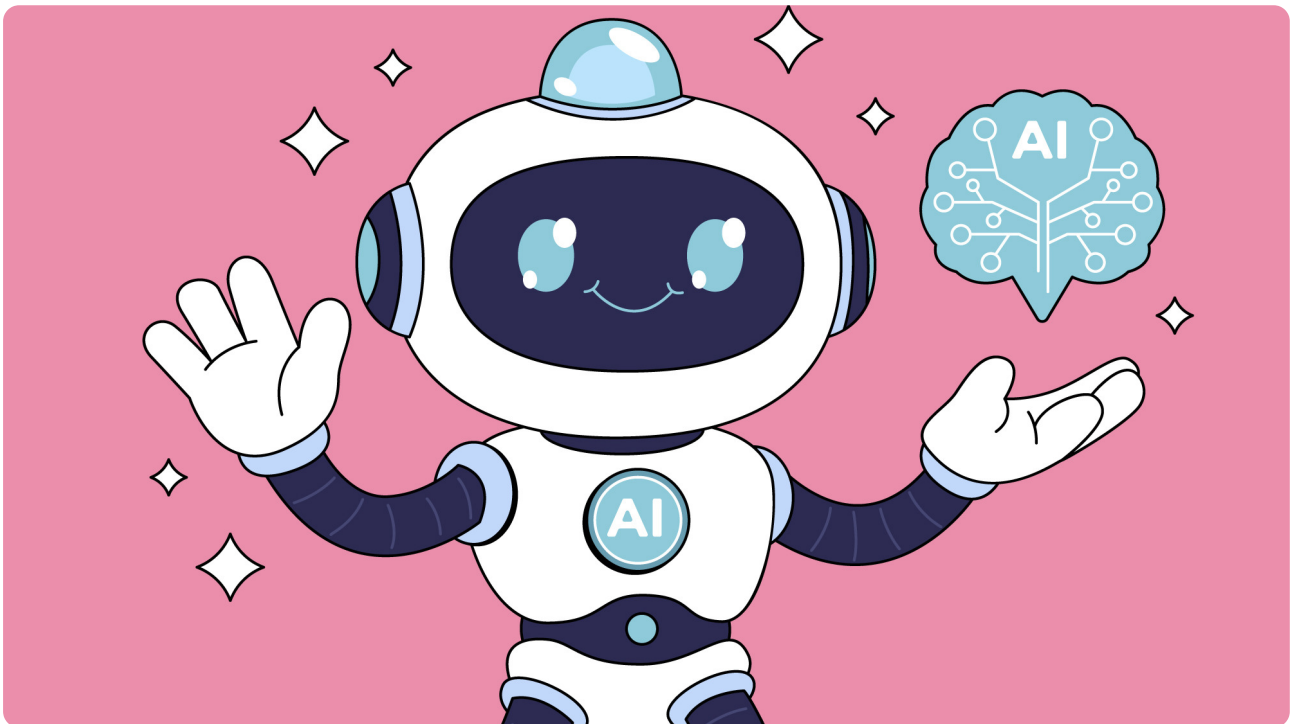


NEWS

Agente Code-Check

mi Keeper personal

4 de mayo de 2026, Tobias Engl



Es ese momento de la mañana en que uno abre la puerta de casa y la vida simplemente sucede, sin que haya que hacer más que ponerse los zapatos. El taxi ya flota ante la puerta. En la ciudad hace tiempo que vuelan, silenciosos sobre los tejados, mientras las calles quedan para la flota más lenta. Autónomo, por supuesto, y pagado hace rato. Todo resuelto por Code Check, mi agente personal, que por lo visto conoce mi calendario mejor que yo. Pidió el taxi mientras yo tomaba el último sorbo de café, acordó la ruta con la IA de tráfico y, esto es lo verdaderamente inquietante, decidió que hoy prefiero música clásica en el asiento trasero, no un pódcast. Tenía razón.

Que Code Check sepa siquiera que soy yo y trabaje solo para mí, obedezca solo mis órdenes, lo garantiza el microchip bajo mi piel. Una firma minúscula en el brazo que solo tiene sentido para mí y para él. Sin PIN, sin contraseña, sin aparato que se quede olvidado o se declare en huelga con la batería vacía. El smartphone, ¿os acordáis? Una cajita rectangular, había que cargarla, podía olvidarse en el taxi. Brillante, pero un precursor hace tiempo olvidado. Hoy casi todo va por reconocimiento de chip, orden de voz y gafas inteligentes, y cuando hay prisa, Code Check y yo nos entendemos también sin palabras. Basta una mirada, un pensamiento silencioso, y él ya ha comprendido lo que quiero. Más rápido, más seguro, más discreto y más personal, imposible.

El agente del taxi... también el taxi tiene su propio agente, al fin y al cabo estamos en el futuro y aquí todo tiene un agente... ya ha hecho la reserva en el aeropuerto. Allí espera un robot maletero que por lo visto sabe que mi trolley quiere ser arrastrado por la derecha. Al entrar en la terminal parpadea brevemente una pantalla, mi cara es reconocida, el chip se anuncia además en silencio, amable asentimiento digital, facturado. El robo-maletero rueda con soltura hacia el autómata de equipaje, que ya sabe que hoy tocan 23,4 kg. De paso, los robots de limpieza trazan sus círculos porque el superagente del aeropuerto registró por sensor una mancha de café en la puerta B19. Fuera, en la fachada de cristal de treinta metros, cuelgan los robots limpiacristales y sacan brillo al sol de la mañana, porque el agente así lo dispuso. Ni cubo, ni trapo, ni conserje de mal humor. Solo un suave zumbido.

En la cabina del avión, el piloto está sentado con las manos en el regazo, mirando por la ventana. Su trabajo es supervisar. El piloto automático vuela con más calma, más precisión y más cortesía de las que un humano jamás tendría, y no frena bruscamente. No maldice las turbulencias y cumple el horario al minuto. En algún punto entre los diez mil metros de altura y los millones de datos por segundo, me recuesto y miro afuera. Debajo, los campos. Un agricultor estará seguramente en su terraza, tableta en mano, dirigiendo por app sus cosechadoras autónomas, que devoran interminables hileras de cebada. Más tarde irá al campo a comprobar que todo salió bien. Pero eso es más costumbre de control que trabajo necesario. En sus invernaderos de detrás, los robots regulan el riego, dosifican los nutrientes al mililitro, observan cada planta por separado y la cosechan en el momento exacto de su madurez. El futuro será más dulce. Y lo digo en el mejor sentido.

Aterrizados. En el aeropuerto de destino me recibe un autómata de comida surtido de verdura fresca, fruta y wraps. Un display seductor lo anuncia, pero hago un gesto de rechazo. Code Check encargó ya ayer mi pedido por dron autónomo, que entregó la compra semanal a mi robot doméstico. Todo está en la nevera, bien ordenado, con un cálculo perfecto de caducidades. La puerta de mi casa me reconoce, se abre, la luz se enciende y por los altavoces suena mi música favorita exactamente al volumen correcto. Sobre la mesa humea un plato recién hecho que mi sistema de cocina inteligente cronometró al minuto y el robot doméstico sirvió. Mientras como, mi robot deshace la maleta, mete en la lavadora lo que hay que lavar y la deja en espera. Mañana, cuando brille el sol y fluya la energía solar, arrancará sola. Qué bien estar de nuevo en casa.

¡A propósito de bienestar! Mi chip, antes eso era un smartwatch, recogió datos aplicadamente durante el viaje y Code Check los evaluó. Sumó el IMC vía cámara y sensores de la sala y emitió un juicio objetivo, todo discreto, en tiempo real. El viaje no fue demasiado agotador, el sueño fue sólido, el pulso ejemplar. ¿Mi cita médica de mañana? Ya cancelada. Los datos están transmitidos, el médico dio su conformidad. Me enteré cuando Code Check me presentó el calendario amablemente ordenado. Gracias, digo. De nada, llega como respuesta.

En todas partes de este viaje, en el taxi, en la terminal, en la cabina, en el autómata de maletas, en la tableta del agricultor o en el display de mi cocina, corría lo que hace posible esta vida futura: información, emitida con precisión, en el lugar correcto, en el momento correcto, para exactamente este instante. El mundo detrás de esta interconexión sin costuras es exactamente aquello en lo que trabajamos cada día en ScreenWay: contenidos que no molestan, sino que llevan al progreso. Pantallas que no gritan, sino que entusiasman y acompañan. Sea en el aeropuerto, en el hotel, en el restaurante o en casa. Allí donde hay una pantalla, un trozo de futuro espera a ser llenado con sentido por el software de ScreenWay.

Qué bien tener un agente personal que lo organiza todo a la perfección. Y qué bien saber que detrás de todo ese zumbido, rodar, abrirse y humear corre una red de información que mantiene el mundo unido, silenciosa y segura. El resto es solo ponerse los zapatos y salir. ¡Gracias por todo, Code-Check!